

Quinchía, costuras de la memoria

Por: Claudia Fernanda Castaño Usma

Quiero empezar citando a Gabriel García Márquez: "Recordar es fácil para quien tiene memoria; olvidar es difícil para quien tiene corazón". Hoy, como una adulta que tiene memoria, comprendo con más lucidez el peso de lo que hemos vivido, y con el corazón de la niña que creció en medio del conflicto, abrazó la historia de un pueblo que ha sufrido y entiende la importancia de no olvidar.

Hablar del conflicto armado en Quinchía es reconocer la ausencia de las víctimas, aquellas que, como padres, hijos, hermanos, amigos y vecinos, les han sido arrebatadas sus vidas, algunos otros incluso expulsados de sus tierras huyendo no solo de las torturas, sino también del silencio y la indiferencia del Estado. Muchos llegaron a las selvas de cemento, donde se hicieron más invisibles, donde nadie los conocía, donde sus costumbres, su forma de hablar o vestir los delataba y los hacía blanco de burlas, engaños y abusos de su inocencia, ciudades donde tuvieron que aprender a la fuerza que ahora el hambre era distinta, pero la vida seguía siendo igual de cruel. Por eso, reconocer el desplazamiento forzado en Quinchía es hablar de una herida abierta, una que no solo quedó por dejar atrás una casa o un pedazo de tierra, es una dolorosa herida por arrancar de raíz miles de sueños y reemplazarlos con nada.

Quinchía, la tierra que tanto amamos y aún habitamos, ha sido testigo de la barbarie, la violencia y tantos otros vejámenes que la guerra ha traído, no solo de grupos armados, como el EPL, las FARC o los paramilitares, sino del mismo estado en el marco de la "Seguridad Democrática". Ese gobierno que tenía la obligación de cuidarnos nos dio la espalda, abriéndonos los ojos a cuán funesto y desalmado puede llegar a ser el ser humano en su afán de demostrar superioridad y tratar de saciar su sed de poder. Fuimos víctimas de una guerra que nunca pedimos, pero que casi acaba con nuestra existencia. Aprendimos a resistir, pero sin tener muy claro por qué. Sin embargo, y a pesar de ello, aquí estamos, de pie y con la frente en alto pues no fuimos derrotados, al contrario, nuestra resiliencia y empuje son más grandes que cualquier sombra que nos haya dejado la guerra.

Hoy, casi 22 años después de “Operación Libertad”, hago un llamado a la historia, pero también a la acción. No olvidemos todo lo que hemos vivido, pero tampoco dejemos que el pasado nos condene y nos defina. Quinchía es semillero de una gente pujante, quienes a pesar de las cicatrices que dejó la violencia, seguimos creyendo en la fuerza del trabajo en comunidad, en el poder de la educación y en la necesidad imperiosa de justicia. Luchemos por no ser recordados sólo como un pueblo herido por la guerra, sino como un pueblo que resurgió de las cenizas gracias al poderío de su gente.

Por esta razón, hoy más que nunca debemos estar unidos, construyendo esperanza donde antes gobernaba el terror, que nuestros hijos e hijas caminen libres por esta villa de los cerros, y oigan bien: Quinchía no será nunca más tierra de víctimas, sino de gente combatiente, pues no queremos lástima, queremos justicia, ¡queremos dignidad! Y la vamos a exigir alzando la voz con el alma en llamas.

“Las cicatrices, pues, son las costuras de la memoria, la forma que el tiempo encuentra de que nunca olvidemos las heridas.”

(De Explicaciones no pedidas, 2011)

Agradecimiento especial:

A mis padrinos, Beatriz y Gonzaga, que cómo víctimas del desplazamiento forzado me instruyeron, aún en medio del dolor, en torno a la importancia de la memoria, la dignidad y la esperanza. Agradezco sus historias, su valentía y esa inquebrantable resistencia habitual que, aunque silenciosa, también promueve la paz.